LA SOMBRA DEL BOSQUE

Salvador Felip

Capítulo 1

Con el escudo en alto, Virio detuvo el golpe con facilidad. Este impacto había sido menor que otros anteriores. Frunció el ceño, dio un paso hacia atrás, negando ligeramente con la cabeza, y contempló cómo Careca apretaba los dientes. Sin duda, trataba de contener su agitada respiración, al tiempo que volteaba su espada en arco, muestra evidente de dónde llegaría el ataque. Afirmó los pies en el suelo y afianzó el agarre del escudo de madera de roble recubierto de cuero, dispuesto a interceptar el siguiente envite.

—Levanta el brazo —anunció, justo antes de mover la espada hacia la cabeza de su oponente.

Sorprendida pese al aviso, Careca por poco no atinó a protegerse con su propio escudo; a duras penas evitó que la hoja sin filo que manejaba Virio la alcanzara de lleno en la testa. Sin embargo, el golpe fue lo bastante fuerte como para hacerla trastabillar un par de pasos.

—Flexiona las rodillas y afirma los pies en el suelo —indicó Virio, que se mantuvo quieto, sin aprovechar la ventaja que el desequilibrio de Careca le hubiera concedido en un combate real—. No pierdas la posición.

—¡Ya lo sé! —resopló ella, mientras agitaba la cabeza para apartar su larga trenza—. Otra vez.

—Deberías descansar un rato.

—¡No! ¡Vamos a seguir! —exclamó Careca con un grito al tiempo que se arrojaba contra él con la espada en alto.

Dejando escapar un suspiro, Virio se mantuvo estático a la espera del ataque, ladeándose después lo justo para que el golpe no impactara de lleno sobre el escudo oval que embrazaba en su lado izquierdo. Mientras lo hacía, se preguntaba cómo era posible que, tras casi un año entrenando a la hija del jefe del castro, Careca aún no hubiera aprendido que los combates se ganaban con la cabeza y no con el corazón. Parecía que cuanto más le decía Virio que, para una joven con su delgada constitución, resultaba imprescindible ahorrar su vigor hasta que el enemigo cometiera un fallo, más insistía ella en avasallarle a golpes. Tal y como le había comentado Dovidena, su mujer, Careca era demasiado impaciente.

—¡Ya es tuyo, Careca! ¡Dale fuerte!

Unos pasos por detrás de ellos, Arreno, el hermano menor de Careca, agitaba en alto su pequeña espada de madera, saltando emocionado mientras imitaba torpemente las estocadas que intercambiaban los combatientes. A sus siete años, estaba convencido de que su hermana era tan fuerte y hábil como Lug, el dios maestro de las artes que se enfrentaba a sus enemigos armado con su lanza. Careca lo miró de reojo, arrugando la nariz al tiempo que sus labios se curvaban en un gesto feroz, un instante antes de centrarse de nuevo en Virio.

Aprestando el escudo, el guerrero se movió ligeramente hacia adelante para acortar el espacio que le separaba de su alumna. Confiaba en que ella mantuviera la distancia, tal y como le había enseñado. Sin embargo, Careca se abalanzó de nuevo sobre él, volteando la espada sobre su cabeza para ganar impulso. Antes de que pudiera golpear, Virio cargó contra ella con el escudo y la derribó con violencia.

—Nunca dejes que un oponente más fornido que tú se acerque tanto —

comentó él—. Mantén las distancias.

Careca lo contempló con odio desde el suelo, enseñando los dientes antes de llevarse una mano a la nariz para cortar la incipiente hemorragia que el golpe de escudo de Virio le había provocado.

—¡Arriba, arriba! —gritaba Arreno.

—Deja en paz a tu hermana y enfréntate a mí si tienes valor.

Mientras Careca recuperaba el resuello, Virio giró la cabeza para observar a la joven que caminaba hacia ellos, con los brazos abiertos ante Arreno en actitud amenazante. Delgada, de escasa estatura y sin apenas curvas, Ambata agitaba su largo pelo castaño mientras imitaba el rugido de un oso. Arreno rio complacido mientras se volvía hacia ella con su espada en alto.

—¡Te mataré, maldito oso! —chilló el niño alegremente.

—Voy a devorarte —advirtió Ambata, sin hacer caso de las inútiles estocadas que Arreno le propinaba con su arma de madera. Asió al niño y lo arrojó al suelo para hacerle cosquillas, mientras el pequeño se carcajeaba, sin dejar ni un instante de patalear.

—Sois patéticos —aseguró Careca, que trataba de despegar el barro de sus pantalones—. ¿Acaso no piensas madurar nunca? ¡Ya tienes quince años!

—Prefiero seguir siendo un oso —afirmó Ambata, liberando a Arreno—. Padre quiere que vayamos a la casa principal. Ha llegado un mensajero de Lancia.

—¿De Lancia? —repitió Careca, —. ¿Han convocado el consejo de jefes?

—No lo sé. Solo me ha pedido que acudamos.

—Tal vez estemos en guerra con los romanos. ¡Por fin! —exclamó Careca con una amplia sonrisa—. ¿No crees, Virio?

El aludido miró a Careca, tratando de recordar la última vez que él mismo había

sentido una emoción así de intensa al pensar que se iba a convertir en protagonista de una de las gestas que los bardos relataban en torno a las hogueras. No alcanzó a vislumbrar ese instante, aunque supuso que fue antes de su primera batalla. Antes de que el imborrable hedor de los cadáveres quedara grabado a fuego en su memoria.

—No —replicó finalmente—. El campamento de una de sus legiones está al otro lado del bosque, junto al río. Si estuviéramos en guerra, ya nos habríamos enterado.

Careca desdeñó el comentario con un gesto, antes de marchar hacia el centro del castro, con Arreno y Ambata pegados a su espalda. Virio los contempló alejarse, antes de recoger del suelo las armas. Recuperó su sayo de lana negra, el espeso manto distintivo de todo guerrero astur, y se envolvió en él, ciñéndoselo al hombro derecho con una fíbula de oro en forma de caballo. Mientras echaba a andar de vuelta hacia su cabaña, se preguntó si Careca tendría razón, si aquel mensajero llegado de Lancia, el principal castro de las tribus astures, traía la noticia que tanto temía escuchar, una nueva guerra contra Roma.

Apretó el paso, temeroso de llegar a la reunión cuando ya hubiera empezado. Serpenteaba entre las cabañas, tan cerca unas de otras que, en ocasiones, resultaba imposible que dos personas pasaran a la vez entre sus muros de adobe. Alcanzó su propia casa y abrió la puerta, confiando en que Dovidena se encontrara allí. Sin embargo, cuando se adentró en el interior de la estancia circular que componía su hogar, descubrió que ella aún no había vuelto del campo, donde estaría pendiente de las cosechas de trigo y centeno junto a muchas de las mujeres del castro. Con un suspiro de resignación, dejó las armas de entrenamiento apoyadas contra la pared y se acercó hasta la mesa, situada en uno de los lados. Se lavó enérgicamente la cara con el agua que contenía un cuenco de cerámica rojiza que reposaba sobre la misma.

Se ajustó la banda que contenía su corta melena y suspiró, mirando su reflejo en la bamboleante superficie del agua. Unos ojos verdes, encuadrados en un rostro estrecho de nariz afilada, lo contemplaban con cansancio. Se apartó de la mesa y recogió su mejor espada, se la ciñó al cinto, embrazó el escudo y abandonó su hogar.

Transitó por el embarrado dédalo de callejuelas que se entrecruzaban entre las apiñadas cabañas antes de salir a la vía principal, el único camino interior del castro que contaba con una calzada de losas de pizarra. Medía cerca de trescientos pasos desde la entrada frontal de las murallas hasta la gran explanada, donde se ubicaba el ara de sacrificios para las ceremonias y el edificio rectangular que albergaba el salón de reuniones. A paso vivo, Virio se sumó al goteo de guerreros y jefes que coincidían en la calzada. Hasta el último habitante del castro parecía consciente de que las noticias de ese mensajero eran importantes, así que dejaban sus quehaceres diarios y se sumaban al torrente humano que ascendía hacia la zona más alta del pueblo.

Una vez en la explanada, Virio comprobó que el gentío se acumulaba frente a las puertas de la sala principal. Ante ellas, en el estrecho círculo enlosado que precedía a la entrada, esperaba pacientemente el mensajero, acariciando la cabeza de su caballo ruano. Sin perder más tiempo, Virio se abrió paso con decisión y franqueó las dobles puertas de madera para adentrarse en el salón, ya abarrotado.

La estancia la conformaba un espacio rectangular de esquinas redondeadas, de cuarenta pasos de largo por diez de ancho. A diferencia de la mayoría de las cabañas, cuyas paredes solían ser de postes de madera con manteado de barro, la sala se cerraba por medio de muros de pizarra enlucidos, sobre los cuales se abrían hornacinas en las que se situaban cuencos de cerámica llenos de aceite, preparados para iluminar el recinto en las celebraciones nocturnas. El techo de paja, a dos aguas,

se sustentaba sobre anchas columnas de madera, situadas en la parte central a intervalos de ocho pasos. Las mesas, que habitualmente se arracimaban en el interior del espacio para las comidas comunales, habían sido retiradas. Solo se habían dejado los bancos de piedra pegados a las paredes laterales y la tarima situada en el extremo opuesto a la puerta. Allí esperaba Agedo, flanqueado por Careca, Ambata y Arreno, mientras un buen número de guerreros ligados a su casa se apelotonaban tras él, alrededor de la insignia del jefe del castro, una calavera de caballo adornada con crines negras, portada en el extremo de un asta de madera.

Virio se aproximó, mientras arrugaba la nariz ante el agrio olor que emanaba de tantos cuerpos. Se colocó en la zona central, al lado del estandarte de la casa. Frente a él, el pequeño Arreno contemplaba emocionado a la multitud. Ambata se mantenía junto a él, con las manos cruzadas sobre el regazo y la vista clavada en el suelo. Careca mantenía la cabeza alta, mirando a uno y otro lado. Para sorpresa de Virio, le había dado tiempo a librarse de los pantalones y la túnica que utilizaba en los entrenamientos, que había cambiado por un vestido azul oscuro, ceñido con un cinturón de cuero y rematado por una corta capa de pieles. Igualmente, se había soltado el pelo, que ahora caía en bucles sobre sus hombros. Despojada de su tosco atuendo de entrenamiento, a Virio le costaba reconocer a su alumna en aquella joven de diecinueve años, cuyos hermosos ojos del color de la miel despertaban la admiración y el deseo de varios de los jóvenes guerreros del castro. Alta y esbelta, Virio no podía negar que Careca poseía una enorme belleza. Por desgracia, su carácter no resultaba tan agradable como su aspecto.

Poco después, Agedo se situó en el punto frontal de la tarima y observó a la multitud. Asintió satisfecho e hizo un gesto al heraldo que esperaba junto a la puerta. El sonido de un cuerno reverberó en el exterior y provocó un incremento de los

murmullos entre los presentes mientras se abría un pasillo entre ellos para permitir el paso del mensajero hasta la zona cercana al estrado de madera. Una vez allí, esperó a que los jefes se colocaran en semicírculo tras él, según su prestigio e importancia en la jerarquía. Solo entonces miró a Agedo y saludó con una breve inclinación de cabeza.

—El castro de Maliaca te saluda —afirmó Agedo con voz potente—. ¿Qué nuevas traes de nuestros hermanos de Lancia?

—Mi señor os envía saludos, gran Agedo —replicó cortésmente el mensajero—. Me presento hoy ante ti y tus jefes para anunciar que se ha convocado un concilio de todas las tribus astures. Será en Lancia, en el mediodía que siga a la séptima noche.

Un creciente rumor se alzó en la sala a medida que los presentes comentaban unos con otros las nuevas y las repetían a lo largo de la sala para que alcanzaran todos los rincones de la estancia. Mientras, Agedo se mantuvo en silencio.

—¿Por qué tanta urgencia? —inquirió Agedo, una vez se hubo apaciguado el murmullo entre los presentes.

—El gobernador Publio Carisio ha demandado un aumento del pago anual que nos impusieron los romanos tras la guerra.

—¿De cuánto?

—De un tercio.

Un clamor de indignación se elevó entre la multitud de guerreros que llenaban la sala en cuanto se hicieron eco de la exorbitante petición del legado propretor que comandaba a los romanos de la provincia de Lusitania. Tras la contienda en la que acudieron en ayuda de los cántabros, la paz había resultado muy cara. Solo la firma de un acuerdo en el que se comprometían a entregar a los romanos un tributo anual

en oro había logrado frenar los combates.

—¡Es intolerable! —rugió una voz entre la multitud—. ¡Los astures jamás accederán a humillarse de ese modo!

Dando un paso al frente desde la primera fila, un guerrero se señaló a sí mismo como la persona que había emitido tan rotundo veredicto. Alto, fuerte y musculoso, Bodecio no solo era el luchador más fuerte del castro, sino también uno de los jefes más respetados del pueblo. Pese a que aún no había cumplido los treinta años, las cicatrices que lucía en su pecho, visibles a través de la abertura que dejaba la cadena de oro con la que cerraba el chaleco de lana, testimoniaban su valor.

—¿No merece una réplica el desprecio que nos hacen esos perros? —insistió, alzando ambos brazos, como señal para que la sala entera prorrumpiera en gritos de guerra.

Agedo se mantuvo en silencio mientras contemplaba con seriedad el rostro de Bodecio, que enmarcaba unos ojos marrones, una nariz aguileña, un mostacho castaño y una mandíbula cuadrada. Durante unos instantes, el líder del castro permitió que la barahúnda continuara. Después, alzó una mano y la mantuvo en alto hasta que las voces se fueron apaciguando.

—Esta noche recibirás nuestra hospitalidad —anunció al mensajero—. Al amanecer partirás de regreso a Lancia, para comunicar que estaremos orgullosos de acudir al concilio —añadió, desatando con sus palabras una ovación de los reunidos, recibida por Agedo con la cabeza en alto y los brazos extendidos, como si con aquel gesto quisiera abarcar a los presentes.

El estruendo acabó de manera repentina y abrió paso a la miríada de conversaciones que se desataron. Mientras el emisario dejaba la estancia, los jefes se agruparon en corrillos en torno a sus líderes para comentar lo que aquel concilio

podría deparar. Agedo caminó entre ellos, recogiendo un comentario o expresando su opinión con firmeza. Se movía despacio, con la cabeza alta hasta que se encontraba con uno de sus fieles. En ese momento se detenía, intercambiaba unas palabras y mantenía sus ojos fijos en la lejanía al tiempo que se atusaba el bigote, cuajado de canas, mientras asentía ligeramente y escuchaba con atención cuanto le decían.

Aún subido en la tarima, Virio lo seguía con la mirada. Los movimientos pausados del jefe del castro ocultaban la cojera que sufría en su pierna izquierda, producto de una vieja herida recibida en combate. Frisando los cincuenta y con más cintura de la que desearía, todos eran conscientes de que Agedo nunca volvería a luchar en una batalla. Sin embargo, era demasiado orgulloso para mostrar debilidad, por lo que había adoptado aquel caminar displicente, que, según él, le otorgaba cierto aire señorial.

La fuerte risa de Careca hizo que Virio desviara su atención hacia un lado, donde la hija del jefe del castro se había convertido en el centro de atención del nutrido grupo de jefes que lideraba Bodecio. Este se mantenía junto a Careca y sonreía confiadamente. Muchos en el pueblo consideraban que la relación que mantenían Careca y Bodecio había sido instigada por Agedo, quien, según los rumores que circulaban, se aseguraba de mantener vigilado a su mayor rival gracias a su hija. Sin embargo, Virio conocía demasiado bien a Careca como para creer que se prestara a semejante juego. En cualquier caso, los entresijos de la política del castro se le escapaban. Por eso decidió abandonar la sala.

Una vez junto a las puertas, comprobó que la multitud que esperaba fuera no solo no se había disgregado con el final de la reunión, sino que se encontraba inmersa en el mismo proceso de formación de corros que aquellos que aún se encontraban

dentro. Virio se deslizó entre los grupos de hombres, aunque fue incapaz de sortear a los conocidos que lo detenían a cada paso y con los que se veía obligado a intercambiar alguna que otra opinión, para evitar que se sintieran ofendidos.

—¡Monstruo! ¿Qué haces aquí?

La voz infantil resonó a su lado con tanta fuerza que Virio se dio la vuelta con rapidez, sin poder evitar que su mano se crispara sobre el pomo de la espada. Sin embargo, el rapaz espigado de diez u once años que pasó a su lado, seguido de una camarilla de chiquillos, dirigía sus insultos al hombre que se encontraba más adelante, pegado a una de las casas cercanas.

Ante el grito, Tancino pareció encogerse contra la pared junto a la que se encontraba. Vestido con pantalones pardos, un chaleco de cuero llena de remiendos y un sucio sayo de lana, su figura, pese a que sacaba una cabeza al propio Virio y era mucho más ancho de hombros, apenas destacaba contra el enlucido de barro que cubría la pared de la cercana choza.

Siguiendo el ejemplo de su cabecilla, los chavales recogieron cuantos guijarros y excrementos encontraron a su alrededor y comenzaron a apabullar a Tancino, apedreándolo sin piedad, al tiempo que le prodigaban todo tipo de insultos. Él se limitaba a cubrirse la cabeza con sus grandes manos y a encorvarse contra la pared.

—¡Engendro del Dios sin Nombre! —gritó el que encabezaba el ataque. Apuntó con cuidado antes de lanzar una piedra que alcanzó a Tancino cerca de una oreja y abrió un pequeño surco rojo en su piel, lo que produjo un coro de vítores entre sus seguidores.

—¡Largaos de aquí, mocosos! —gritó Virio, adentrándose en medio del grupo de niños y repartiendo un par de golpes a los que no fueron lo bastante hábiles como para escapar ante su llegada.

Con la misma rapidez con la que habían llegado, los jovenzuelos se desvanecieron entre los corrillos de hombres que habían asistido al apedreamiento con una sonrisa en los labios. De entre todos los presentes, únicamente Virio hizo algo para acabar con aquella dolorosa lluvia de piedras y desprecio. Tancino bajó las manos y se irguió un poco, restregándose la cabeza contra el hombro, como un oso lastimado.

—¿Estás bien? —preguntó Virio.

—Sí —musitó el aludido, que acompañó su respuesta con un encogimiento de hombros, aunque mantenía la cabeza gacha y la vista clavada en el suelo.

Se llevó una mano al corte que le habían abierto en un lado. Se tocó la sangre y la contempló sobre sus dedos sin variar la expresión de su cara, pues era una de tantas heridas recibidas en situaciones similares. Mientras lo hacía, el guerrero lo contempló de cerca. Pese a que tenía cerca de treinta años y un cuerpo musculoso, Tancino se mantenía agazapado como un cervatillo ante la lanza de un cazador. Había nacido durante una noche de tormenta con una deformidad en la piel. Zonas enteras de su cuerpo y la mitad de su cara mostraban un aspecto similar al de las oscuras escamas de un pez. Según había oído de las gentes del lugar, aquello era producto de una maldición. Su madre, Caeliónica, era la vidente del castro y, a decir de muchos, dominaba fuerzas oscuras. Por ello, los habitantes de Maliaca pensaban que Tancino era el resultado de la furia de algún dios ante las malas artes de su madre. Muchos se preguntaban por qué ella no lo mató al nacer y, puesto que pensaban que debía de haber algún tipo de motivo oculto en su supervivencia, dejaron que se quedara en el castro. Sin embargo, era despreciado por todos, que lo trataban como si fuera un monstruo.

—Deberías irte a casa —dijo Virio.

Tancino asintió, con sus ojos grises abiertos de par en par, semihundidos en un rostro de nariz aguileña y pómulos prominentes, casi invisibles bajo la mata de pelo negro que envolvía su cabeza. Echó a andar pegado a la pared. Virio lo siguió en silencio durante un trecho, mientras el camino que mantenía Tancino fue el mismo que llevaba hasta su casa. Finalmente, se desvió en cuanto llegó ante la puerta de su choza, con la vista aún fija en el gigantesco hombre, que se encaminaba hacia una casa circular situada junto a la muralla, algo alejada de cualquier otra.

Cuando entró en casa, Virio sonrió al ver a Dovidena, su mujer. Estaba en mitad de la estancia, de rodillas sobre una esterilla, aplastando enérgicamente un buen número de bellotas con una piedra esférica. Las machacaba una y otra vez sobre la superficie lisa y cóncava de una muela, hasta pulverizarlas en una harina de color marrón, con la que luego horniearía un pan oscuro en el lar comunal.

—¿Ya ha acabado la reunión?

Dovidena se volvió hacia él mientras detenía sus esfuerzos y esgrimió una sonrisa que iluminó su blanco rostro, de ojos marrones y pequeña nariz. El largo pelo castaño, ligeramente ondulado, le caía sobre la espalda, recogido en dos trenzas anudadas con un fino lazo verde. De cuerpo esbelto, un vestido marrón entallaba su figura con dos bandas de bordados con motivos florales, una encima del comienzo de las caderas y otra justo debajo del pecho. Su único adorno eran unos pequeños pendientes de oro con unas figuras de caballos. Para el guerrero, ni todas las joyas del castro serían capaces de hacer sombra a la deslumbrante belleza que veía en su mujer.

—Ha sido bastante corta —replicó él, mientras apoyaba las armas contra la pared—. El mensajero únicamente ha dicho que se ha convocado una reunión de jefes en Lancia.

—Habrá guerra —dijo ella. Asintió para sí misma y luego retomó su trabajo sobre la muela.

—Es posible. El gobernador romano ha roto el acuerdo pidiendo más oro.

—Para los jefes será un insulto.

—Sí. De todas formas, espero que en Lancia predomine la cordura. Podemos hacer frente a un incremento en los pagos, pero no a las legiones.

Deteniéndose de nuevo, Dovidena miró fijamente al guerrero durante un instante. Agrandó la sonrisa de su rostro, antes de negar con la cabeza y devolver la mirada a la piedra esférica que sostenía en sus manos.

—Si tu esperanza de librarte de la guerra se basa en la cordura de los jefes, es que aún eres tan inocente como un niño —aseguró ella.

—Ya veremos.

—Aprovecharé tu ausencia para ir a ver a mi hermanastra.

—Preferiría que permanecieras aquí. Estarás más segura.

—Sé cuidar de mí misma —afirmó Dovidena, borrando su sonrisa mientras redoblaba esfuerzos.

A Virio le hubiera gustado replicar, pero prefirió morderse la lengua. Molestar a su mujer era lo último que tenía en mente. Era consciente de que el miedo a perder a su familia no era racional. Sin embargo, cada vez que se encontraba lejos de su amada no podía evitar que le asaltara la horrible sensación de que le iba a pasar algo. Volvía a verse a sí mismo con cinco años, vagando solo por el bosque, envuelto en la ceniza que caía del cielo proveniente de su aldea natal, saqueada e incendiada. Aquel día lo perdió todo. A diferencia de su familia, él se salvó de la matanza porque había desobedecido a su madre y se había internado en el bosque persiguiendo a un cervatillo. Nunca supo quién destruyó su aldea, pero el recuerdo de la pérdida de todo

su mundo lo perseguiría mientras viviera. De hecho, era ese recuerdo el que espoleaba su tesón por entrenar día y noche, hasta convertirse en el guerrero más hábil del castro, convencido de que, esta vez, nada se interpondría entre él y aquellos a los que amaba.

Andando pesadamente, Tancino se aproximó hasta la casa , deteniéndose ante la entrada para recoger al gato de pelaje gris que ronroneaba al sol sobre una piedra. Lo acarició con cuidado y lo acunó entre sus fuertes brazos antes de apartar la grasienta cortina de cuero que ocultaba el interior para adentrarse en la estancia. La cabaña estaba en penumbra, puesto que, una vez tapada la entrada de nuevo, la luz solo llegaba de la salida de humos situada en la parte central del techo y del fuego que ardía en el centro. Sin embargo, Tancino no necesitaba esperar a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad para saber qué había dentro de la cabaña. El familiar olor agrio inundó su nariz, mezclado con otros aromas que logró identificar: el humo que surgía de la fogata que crepitaba en medio de la estancia; el tufo que emanaban los cuerpos de los pequeños animales que colgaban de varias cuerdas suspendidas en el techo y los aromas entremezclados de infinidad de plantas recogidas en el bosque. Beleño, tomillo, madreselva, ruda, muérdago, musgo... El gato maulló, agitando una de sus patas para llamar la atención de su dueño, que le recompensó con una caricia. Elevando la vista del pelaje gris de la mascota, Tancino se fijó en la figura envuelta en una deshilachada túnica de color gris que se encorvaba sobre una marmita, junto al fuego. Murmuraba palabras inaudibles entre dientes, mientras arrojaba al interior del recipiente trozos de plantas que extraía de varios sacos que mantenía en el suelo, frente a ella. Pensando que no había advertido su presencia, Tancino se giró para salir de la cabaña, aunque la voz de su madre resonó en la penumbra.

—¿Ya estás de vuelta?

Caeliónica giró la cabeza para mirar a su hijo. A la luz de la fogata, Tancino contempló el ajado rostro de su madre, enmarcado por una enmarañada mata de pelo canoso. Su nariz afilada sobresalía entre dos ojos pequeños y hundidos, que recogían el fulgor de las llamas y daban a la apergaminada cara de Caeliónica un aspecto cadavérico. Una vaharada convenció a Tancino de que su madre había comenzado a beber antes de lo habitual ese asqueroso y amargo elixir que preparaba el hijo del herrero.

—¿Qué es eso? —inquirió ella, señalando el rostro de su hijo.

Tancino se llevó una mano a la sien, recordando el corte que la piedra le había provocado. Se preguntó cómo, en aquella penumbra, su madre había sido capaz de verlo.

—No es nada.

—Ya le han vuelto a apedrear los niños —rezongó ella, como si hablara para sí misma—. No sé cómo he podido tener un hijo tan estúpido. Es el precio que tuve que pagar a los dioses.

Tancino acarició de nuevo al gato. Después se dio media vuelta y se dispuso a salir, aunque, en cuanto echó a un lado el cuero que tapaba la entrada se detuvo. En el hueco que dejaban dos chozas situadas a treinta pasos de distancia descubrió dos figuras conocidas. Riendo abiertamente, Ambata intercambiaba confidencias al oído de Reburinia, su joven amiga, hija de uno de los jefes de una aldea situada monte abajo, junto al bosque. Pese a que no alcanzaba a escuchar lo que decían, los exagerados gestos bastaban para adivinar que estarían hablando de alguno de los guerreros del castro. A través de la cortina entreabierta, la mente de Tancino comenzó a soñar, a imaginar que era de él de quien hablaban las jóvenes, que era él quien

llevaba el rubor a sus mejillas pese al frío viento de la mañana. Durante un instante, aquella imagen se fue haciendo más y más real en su cabeza, hasta que, con un suspiro, se dijo a sí mismo que debía desechar ese pensamiento. Lo mejor era enterrarlo en el fondo de su alma, arrojarlo a un pozo. Sin embargo, aquella sensación se resistía a dejarle. Aquella voz interior le obligaba a preguntarse si ese sueño no sería, después de todo, tan insensato. Tal vez, tal vez...

—¿Qué estás mirando?

El grito de su madre le hizo dar un respingo. Soltó al gato, que cayó al suelo sobre sus patas y salió corriendo con un fuerte maullido. Caeliónica se asomó por la puerta y clavó sus ojos en las muchachas antes de volver al interior y contemplar a su hijo con evidente furia.

—¡Cerdo! —chilló, abofeteando a Tancino con fuerza inusitada—. ¿Es que no provocas ya bastantes problemas? ¡Ni se te pase por la cabeza! —añadió, antes de golpear de nuevo a su hijo mientras este se cubría la cara con las manos y se encorvaba—. ¡Mírame!

Tancino bajó los brazos poco a poco. En cuanto se volvió ligeramente hacia Caeliónica, ella lo asió del pelo y tiró con fuerza, hasta obligar a su hijo a poner la cabeza a su altura.

—Vas a hacer lo que yo te diga. ¿Está claro? —ordenó, mientras él asentía en silencio.

Caeliónica mantuvo su mirada fija en Tancino, antes de soltarlo para volver a agacharse junto al fuego, mientras su hijo daba un paso hacia atrás y mantenía la mirada en el suelo en actitud sumisa.

—Ve al bosque y tráeme un par de conejos vivos —ordenó ella—. Agedo siempre me consulta antes de tomar una decisión importante, así que vendrá a verme

en una o dos noches. Necesitaré examinar las entrañas de una víctima.

—Voy, madre —dijo Tancino, encaminándose hacia la salida.

—Habrá guerra —murmuró Caeliónica mientras su hijo salía de la cabaña—. Eso está bien. La guerra trae muchas oportunidades.

A grandes zancadas, Tancino siguió la muralla hasta la poterna más cercana y abandonó el castro en dirección al bosque. Su mente no dejaba de recordar las palabras de su madre. Ella tenía razón, la guerra ofrecía oportunidades. Sin embargo, algo en su interior le decía que, sobre todo, esta contienda traería sangre.

La pálida luz del amanecer apenas comenzaba a rasgar la penumbra cuando Lucio echó a un lado la manta y se incorporó en el catre. Se mantuvo así durante un rato, sentado sobre el lecho, con los pies ya en el suelo. El frío de la estancia le erizó la piel y le despojó del último rastro de somnolencia. Después se levantó, se lavó la cara, los brazos y las piernas con el agua gélida de una palangana que reposaba en una mesa baja, junto a su cama, y, tras secarse, comenzó con tranquilidad el ritual de prepararse para un nuevo día. Se puso la gastada túnica de lana, roja, a diferencia del blanco que utilizaban los legionarios. Cubrió sus pies con unos gruesos calcetines antes de calzarse las sandalias. Después se colocó las grebas de metal bajo las rodillas, agradeciendo que el interior estuviera forrado de cuero. Recogió la cota de malla de manga corta y se la puso, y añadió las hombreras suplementarias antes de ajustarla con el cinturón de cuero, del que colgaba el gladio, a la izquierda, evidenciando su puesto de oficial. Sobre la cota, colocó el arnés de cuero en el que había prendido las seis *phalerae*, discos de bronce bañados en plata con distintos grabados de la diosa Victoria. Eran las medallas ganadas como premio al valor en varios de los combates en los que había participado.

Ya vestido, salió de la estancia y se dirigió a la sala contigua. Allí se sentó en

el taburete situado junto a la mesa circular que se alzaba en el centro, sobre cuyo tablero reposaba un plato de cerámica con un trozo de pan espolvoreado con sal, un puñado de olivas en salmuera y dos porciones de queso de cabra curado. Comió despacio, acompañando el desayuno con un vaso de vino rebajado con agua. En cuanto hubo acabado, se levantó, se acercó a un aparador y recogió de allí lo último que necesitaba antes de salir a pasar revista a sus hombres. Primero, la capa de lana roja rectangular de los oficiales, fijada con un broche sobre el hombro derecho. Después el casco, de acero gálico, ganado en un combate contra una unidad auxiliar bárbara durante las guerras civiles. Coronado por el penacho curvo de plumas rojas que lo identificaba como centurión, era mucho mejor que el típico casco de bronce que usaban en la legión. Finalmente, recogió la vara de sarmiento, que le concedía el derecho a golpear a ciudadanos romanos, el verdadero símbolo de su estatus en el ejército. Con ella en la mano, Lucio Severo Actiaco, centurión *primipilo* de la legión VI *Victrix*, abandonó sus estancias y salió del barracón.

En cuanto cruzó el dintel, giró a la izquierda y se adentró en la calle que formaban los dos edificios de planta rectangular en los que se ubicaba la centuria doble que comandaba. A cada lado se abrían diez puertas de madera, una por cada cubículo, ocupado por un contubernio, el grupo de ocho legionarios que formaba la unidad básica del ejército romano. Pese a que todas ellas aún permanecían cerradas, a oídos de Lucio llegaban los familiares sonidos que delataban que sus hombres ya habían saltado de las literas, recogían su equipo y tomaban el desayuno.

A medida que paseaba entre los barracones, sus oficiales comenzaron a aparecer. Gayo, el *optio* y su segundo al mando, se acercó hasta él, portando en su mano las tablillas enceradas sobre las que apuntaba las tareas asignadas a los legionarios. Pese a que llevaba poco tiempo a su lado, Lucio ya se había hecho una

idea desfavorable de él. Enjuto y más bajo que el centurión, no llegaba a los seis pies que constituían la altura ideal que se buscaba en las oficinas de alistamiento. De nariz chata y ojos algo hundidos, llevaba siempre dos gruesas túnicas encima, además de polainas en las piernas hechas con tiras de lino esmeradamente anudadas hasta la cadera, como los viejos. Era detallista con la burocracia, pero, según le habían contado, había dejado caer el rumor entre los legionarios de que estaba dispuesto a asignar las tareas más gratas a aquellos soldados que se mostraran más generosos con él. Y, aunque aquella fuera una práctica relativamente común en la legión, Lucio la reprobaba con ferocidad.

Una vez a su lado, Gayo realizó un rápido saludo antes de pasarle las tablas de madera. Lucio las revisó y comprobó con un asentimiento que todo parecía en orden. Tal y como pensaba, la mayor parte de la unidad cumpliría trabajos ese día, por lo que no habría entrenamiento con armas. Mientras repasaba las tablillas, el *bucinator* se puso a su lado; llevaba la tuba de forma circular que daba nombre a su título. A una señal de Lucio, se la llevó a los labios y sopló con fuerza. El sonido del instrumento resonó durante un buen rato. Antes de que su eco llegara a extinguirse, las puertas se abrieron de golpe y los legionarios, con su equipo completo, salieron en tromba a formar.

—Indica las asignaciones de hoy —dijo el centurión cuando el último soldado ocupó su puesto en la formación.

Tras asumir la orden con un saludo, Gayo recogió las tablillas que le entregaba Lucio y comenzó a leer en voz alta.

—¡*Inmunis*, rompan filas y diríjanse a sus destinos! —comenzó, refiriéndose a los legionarios que tenían un oficio dentro del campamento, como el de herrero o escriba, y estaban liberados de las tareas más pesadas—. ¡Primer contubernio,

mantenimiento de zanjas de la muralla sur! ¡Segundo contubernio...!

Mientras el *optio* enumeraba la lista de asignaciones, Lucio echó un vistazo al extremo de la calle, donde acababa de aparecer un jinete. Sin poder evitar que una sonrisa rompiera el impávido gesto de seriedad que mantenía en el rostro, encaminó sus pasos hacia allí. El recién llegado se apeó del caballo con agilidad.

—¡Quinto! Bienvenido —saludó el centurión, extendiendo su mano para asir con fuerza el antebrazo del jinete.

—¡Salve, Lucio! Me alegro de verte.

Más bajo que el centurión y menos fornido que su amigo, Quinto Vendírico también era oficial, aunque, en su caso, era decurión de una turma de caballería auxiliar de la legión, compuesta por treinta jinetes, arévacos, como él mismo. Dado que los soldados no romanos adscritos al ejército no estaban obligados por la uniformidad de la legión, Quinto llevaba su pelo castaño largo hasta los hombros, enmarcando un rostro en el que destacaba un poblado bigote que caía a ambos lados de la boca. Vestía pantalones de color verde oscuro, una túnica corta marrón y, bajo la capa gris, una armadura de láminas metálicas.

—Esta vez has tardado más de la cuenta —dijo Lucio—. Pensaba que tus huesos ya estarían blanqueándose en algún camino.

—Los buitres tendrán que esperar —aseguró Quinto—. Hemos tardado porque el nuevo tribuno de la legión al que teníamos que escoltar se retrasó varios días.

—¿Qué tal es? —preguntó el centurión.

—Un niñato estirado, como todos —comentó Quinto—. Su equipaje pesaba tanto que nos hemos pasado la mitad del trayecto empujando la carreta para sacar las ruedas del barro. Además, no se conforma con traerse a sus esclavos, también tiene media docena de vacceos como escolta personal.

—¿No se siente seguro en el campamento de una legión? —se burló Lucio.

—Eso parece. Voy a abrevar el caballo y a buscar al veterinario para que eche un vistazo a un par de las monturas de mis hombres —comentó Quinto—. ¿Nos vemos esta noche en la taberna?

—Claro.

Quinto se despidió con un gesto, se agarró a uno de los cuatro cuernos de la silla de montar y se subió de un salto a su caballo. Tiró de las riendas hacia atrás, obligando a su montura a girar, y, acto seguido, golpeó con los talones los flancos del animal, que comenzó a galopar calle abajo. Lucio lo siguió con la mirada. En su carrera, Quinto estuvo a punto de arrollar a un legionario que apareció de improviso tras una esquina. Afortunadamente, el soldado fue capaz de echarse a un lado con rapidez. Para sorpresa del centurión, este corrió directamente hacia él, se detuvo jadeante a dos pasos y se cuadró antes de saludar.

—El legado ordena que el primer centurión se presente en los *principia* —entonó.

Asintiendo, Lucio despidió al mensajero, se giró y se acercó hasta donde se encontraba Gayo. Le pidió que se hiciera cargo de las primeras rondas de inspección y después se encaminó a paso rápido a los *principia*, donde se ubicaba el cuartel general de la legión.

Abandonó la zona de barracones y accedió a la vía *Principalis*, una de las dos grandes calles de tierra apisonada sobre las que se estructuraba el campamento. A esa hora ya se encontraba en plena ebullición. Junto a Lucio transitaban soldados que iban hacia sus puestos, columnas de legionarios en formación cerrada que marchaban hacia el campo de entrenamiento, mensajeros, esclavos que corrían a realizar las tareas encomendadas por sus dueños, reatas de mulas con suministros y

carretas cargadas de materiales de construcción. Hacía apenas dos años que los agrimensores del ejército habían elegido el emplazamiento del campamento de invierno en el que se encontraba la legión VI *Victrix*. Debido a ello, termas, hospital y parte de las viviendas de los altos oficiales aún se encontraban en obras.

Los *principia* estaban situados a la izquierda, frente a las viviendas de los tribunos. Se trataba de un edificio de planta cuadrada, cuya entrada daba a un patio interior porticado. Tres de sus lados se abrían a las diferentes habitaciones donde se realizaban las labores administrativas de la legión. En el cuarto lado, justo frente a la puerta de entrada, se levantaba una basílica, una amplia sala rectangular compuesta por dos estancias, a la que se accedía a través de un pórtico más alto que el que componía el patio.

Dando por hecho que ese sería el punto en el que estaría el legado, Lucio atravesó el patio y se adentró en el edificio. Se aproximó a la pared del fondo y abrió la puerta de madera que cerraba el acceso a la segunda sala. Allí se encontraban seis hombres, alrededor de la elevación del suelo que marcaba el punto en el que se encastraba la caja fuerte en la que se guardaban los ahorros de los soldados. Tras ellos, refulgía el estandarte con el águila de la legión.

—¡Ah! Lucio, adelante. Te estábamos esperando.

Lucio entró y se cuadró ante Tito Pompeyo, legado de la legión. Este asintió satisfecho, moviendo su canosa cabeza mientras esbozaba una sonrisa. Junto a él se encontraban cuatro tribunos de rango ecuestre que ya conocía, entre los cuales se hallaba un quinto hombre, un joven de escasos veinte años, bajo, delgado y de aspecto frágil, de finas facciones y rostro agraciado, en el que destacaban sus ojos verdes, bajo un pelo de un intenso color negro. Su pálida piel delataba una vida alejada de las actividades al aire libre. Incluso sin las botas negras que calzaba, a

diferencia de las sandalias de los legionarios, y la banda púrpura de su lujosa túnica, Lucio hubiera podido adivinar que se trataba de alguien perteneciente a un linaje senatorial. De hecho, debía de ser hijo de un senador de mucho prestigio para recibir su tribunado antes de los veinticinco años, la edad normal para comenzar el *cursus honorum*.

—Te presento a Marco Licinio, recién llegado de Roma para ser nuestro tribuno *laticlavo* —comentó Tito—. Él es Lucio Severo, el *primipilo* de la legión.

—Así que este es el primer centurión de la primera cohorte —entonó Marco, estirándose perceptiblemente mientras miraba a Lucio—. ¿Será esa la unidad que estará bajo mi mando?

—No. Por ahora te limitarás a las atribuciones judiciales y a participar en los consejos para aprender el funcionamiento de la legión —corrigió Tito.

—¿Sin tropas a mi cargo? —se sorprendió el joven.

Pese a que mantuvo imperturbable el rostro, Lucio agradeció internamente que Tito se hubiera negado a darle un mando a aquel recién llegado. Llevaba demasiados años en las legiones como para no saber de primera mano el daño que podía llegar a provocar un advenedizo con ansias de gloria. Muchos creían que bastaba con leer los escritos de Cayo Julio César para convertirse en un estratega, un error que se pagaba con la sangre de los legionarios que estaban a su cargo.

—No te preocupes —añadió el legado con una sonrisa, al ver la evidente mueca de decepción que aparecía en el rostro de Marco—. Pronto aprenderás cómo comandar una cohorte.

—Supongo que tienes razón. Aunque dudo mucho que tenga la oportunidad de ganar algo de gloria durante mi año de servicio. Por lo que tengo entendido, los bárbaros del norte de Hispania están a punto de ser aplastados.

—Los últimos cántabros que resisten están sitiados en el monte Vindio —confirmó el legado—. Los astures permanecen tranquilos por el momento, pero no podemos bajar la guardia. Son enemigos temibles.

—¿En serio? —se burló Marco, dejando escapar una risa—. ¿Esos bárbaros piojosos?

—Esos bárbaros emboscaban a nuestros hombres y los masacraban en los bosques —intervino Lucio—. No sería sensato despreciar su ferocidad en combate. De no haber cometido el error de presentarnos batalla en campo abierto aún seguiríamos desangrándonos en estas tierras.

Marco contempló al centurión como si lo viera por primera vez y observó con suficiencia sus brazos fibrosos, cubiertos de cicatrices, los anchos hombros y su porte estólido, pese a que apenas le faltaban unos años para doblar la edad del joven. Durante un instante, los ojos del tribuno se detuvieron en las insignias al valor que cubrían su pecho, y Lucio creyó adivinar un ligero cambio en el orgulloso rictus que esgrimía su rostro.

—Estamos olvidando la hospitalidad —aseguró el legado—. Vendrás conmigo a mi casa para descansar mientras los esclavos acondicionan tu nueva vivienda.

—Será un placer —dijo Marco, que abrió la marcha para salir de la sala, sin dedicar una mirada siquiera a Lucio o al resto de los tribunos.

El centurión se mantuvo en silencio, con la vista clavada en la espalda del joven patricio hasta que Tito abandonó la estancia tras su invitado. Pese a que Quinto ya le había advertido sobre el carácter del nuevo tribuno, su amigo no era especialmente fiable hablando sobre los romanos. Quizá por eso, le sorprendía comprobar que Quinto se había quedado corto en su crítica. Aquel tipo era un verdadero imbécil. Lo único que deseaba es que, al menos, no creara demasiados

problemas.

De pie, frente a la ventana, Valeria Póstuma escrutaba el peristilo, confiada en el anonimato que le proporcionaba la celosía de madera. Llevaba ya un buen rato contemplando al joven que hablaba con su esposo Tito. Debía de tratarse del hijo del senador Cneo Licinio, a quien llevaban algún tiempo esperando. Con una ligera sonrisa curvando sus finos labios, Valeria observó complacida lo distinto que era aquel atractivo joven de su predecesor, un crío con la cara picada de viruelas y expresión ausente. El nuevo tribuno se desenvolvía como un auténtico aristócrata. Pese a que no parecía tener un cuerpo atlético, era esbelto, y su pose era inmejorable. Erguido, con una copa en la mano, escuchaba a Tito con una expresión en el rostro que, pese a su hieratismo, resultaba atrayente. A diferencia de su esposo, que había pasado demasiado tiempo entre soldados, sus modales se mostraban exquisitos. Mantenía la cabeza alta, no manoteaba al hablar y, cuando necesitaba rellenar su copa, se limitaba a extender ligeramente el brazo, dando por hecho que la esclava que se mantenía junto a ellos con la jarra en las manos escanciaría el néctar sin necesidad de pedirlo. ¡Por fin alguien traía un soplo de Roma a ese rincón olvidado por los dioses! Levantó una mano y esperó a que la esclava situada a su lado se aproximara a ella.

—Mi señora —dijo la joven con una reverencia.

—Cuando Figenia deje de servir el vino a mi esposo y a su invitado, tráemela —ordenó.

La esclava asintió y salió de la estancia con premura, mientras Valeria mantenía su mirada fija en el patio. En ese momento, Tito llevaba a su invitado a través del *tablinum* hacia el atrio, el patio interior situado al otro lado de la casa. En

cuanto cruzaron la puerta de dos hojas que cerraba el acceso entre ambas zonas, Valeria se alegró de haber obligado a su esposo a sustituir la vulgar cortina que antes cubría ese espacio. De no ser por ella, tras más de dos años en esos cuarteles de invierno, la casa del legado apenas sería mejor que las estancias de un simple contubernio de legionarios.

Mientras esperaba que la escanciadora se presentara, Valeria se acercó hasta la cómoda para recoger su espejo de bronce. Se contempló en la pulida superficie para comprobar que los alfileres de oro y marfil mantenían en su sitio el elaborado moño en el que recogía sus bucles castaños. Tenía claro que, recién cumplidos los treinta años, nadie la consideraría joven. Sin embargo, se sentía satisfecha del reflejo que tenía ante sí. Piel pálida y sin apenas imperfecciones, nariz pequeña, grandes ojos marrones bajo una cejas perfectamente depiladas. Su cara ovalada apenas mostraba arrugas junto a los ojos. Tal vez ya no era la joven que despertaba la envidia de tantas viejas consortes, pero aún podía sentirse orgullosa de su belleza.

Dejó de nuevo el espejo sobre la cómoda, junto a su joyero de oro, y se atusó la estola, la sedosa túnica externa de color rosa pálido que llevaba encima de otra de lino, más entallada. Colocó con cuidado los pliegues de las aberturas situadas en ambos lados de la estola, a partir de la cintura, y comprobó que los broches de oro con los que se sujetaba en los hombros estuvieran bien cerrados. Echó un poco hacia delante el ceñidor que hacía las veces de cinturón para realzar sus caderas y, finalmente, se aseguró de que su pecho estuviera firmemente sujeto por la banda de tela situada justo debajo de los senos.

—Mi señora.

La esclava que había estado sirviendo el vino a los dos hombres acababa de entrar en la estancia y se había situado a unos pasos de su ama con la cabeza gacha

y la mirada clavada en el suelo.

—¿De qué ha hablado mi esposo con ese joven? —inquirió ella.

Pese a que todos los esclavos sabían las penas que podían sufrir si revelaban algo que no debían, Figenia apenas dudó un instante antes de comenzar a hablar.

—El amo ha estado hablando de la organización del campamento y de asuntos militares, mi señora.

—La guerra. ¡Siempre la guerra! —se quejó Valeria—. ¿Es que los hombres no saben conversar sobre otra cosa? ¿Nada más?

—El invitado ha alabado los colores en los que están pintadas las paredes del atrio. Y el repujado del techo.

—¡Menos mal! Alguien que sabe apreciar mi trabajo —dijo ella, recordando lo mucho que tardó en convencer a Tito de que trajera a un buen pintor para decorar la parte pública de la casa. Ella hubiera preferido un impluvio de mármol con una fuente en el centro y figuras en relieve, suelo de mosaico y techo de marfil. Sin embargo, su esposo puso el grito en el cielo, alegando que aquellos lujos eran casi imposibles de conseguir en mitad de territorio bárbaro—. ¿Permanecen en el *tablinum*?

—No, mi señora. Ha llegado un mensaje y el amo ha pedido quedarse a solas para leerlo. El tribuno se ha despedido y ha salido.

—¡Por todos los dioses! ¿Cómo se le ocurre echarlo para leer un maldito papel?

—El amo...

—¡Basta! Retírate. ¡Y trae otro brasero!

La esclava realizó una reverencia antes de abandonar la estancia a toda prisa, mientras su ama se frotaba los brazos, echando de menos su capa de marta cibelina. Valeria tenía intención de bajar al piso inferior para aparecer casualmente ante el

invitado de su esposo. Sin embargo, la absurda obsesión de Tito por los detalles más insignificantes de su puesto al mando de la legión había echado a perder esa posibilidad. Aunque llevaba ya cinco años casada con él, no terminaba de comprender la atracción que la milicia ejercía sobre su esposo. Ni el mayor de los campamentos podría siquiera compararse con la grandeza de Roma. No había día en el que Valeria no añorara los mármoles de su villa, el suave invierno de la ciudad en la que había crecido, el bullicio de los mercados, las termas, los paseos en litera por el foro, las fiestas y la rica vida social de la aristocracia. En el Esquilino, donde se alzaba su casa, no estaba sujeta al hedor de los soldados y las bestias, al vocerío de los oficiales y a los enervantes toques de tuba.

En cualquier caso, enfurecerse no servía de nada. Por ello, Valeria descendió por las escaleras hasta el piso principal. Atravesó el peristilo y se adentró en el *tablinum*. Su esposo se encontraba aún allí, con varias hojas en la mano cuyos caracteres impresos en tinta negra escrutaba con atención, extendiendo los brazos para alejarlos de sus ojos lo suficiente como para distinguir la letra. Movía los labios mientras leía, absorto en el mensaje hasta que su esposa carraspeó audiblemente.

—¿Quién? —preguntó. Se dio la vuelta con una evidente expresión de sorpresa en el rostro—. ¡Ah! Eres tú. No te he oído llegar.

—¿Es importante?

—Es una misiva de Publio Carisio —respondió el legado, que devolvió su mirada a las hojas de pergamino mientras su esposa resoplaba, consciente al escuchar el nombre del gobernador de Lusitania del motivo por el que Tito daba tanta prioridad a esa nota.

—¿Hay algún avance en el compromiso?

—No —respondió el legado, con un deje de desilusión en la voz—. Solo es un

informe rutinario. Pero no tiene porqué mencionarlo —añadió, al contemplar el ceño fruncido de su esposa—. La promesa de matrimonio se mantiene vigente si no se indica expresamente su cancelación.

— Hay formas más sutiles de dar a entender la disconformidad con un compromiso que se ha adquirido hace tiempo.

— Publio no se echará atrás. Nuestros hijos...

— Publio Carisio es un oportunista rastrero —aseguró Valeria—. Comprometió a su hijo con Flavia hace dos años, cuando te necesitó como legado para que le apoyaras ante Augusto. ¿Por qué crees que se niega a formalizar una fecha para el enlace? Te da largas porque ya no le eres útil.

— ¡Eso no es cierto! —se enojó Tito—. Simplemente espera a que tengan algunos años más.

— Su hijo ya tiene diecisiete años y lleva la toga viril —insistió Valeria—. Flavia acaba de cumplir trece, un año más del mínimo para contraer matrimonio. Te engañas a ti mismo.

— ¡Ya basta! —gritó él, golpeando con las hojas en el atril situado junto al armario, haciendo que el cálamo y la tinta que se mantenían sobre él salieran despedidos—. ¿Has bajado solo para atormentarme?

— No. En realidad, quería saber quién era tu invitado —replicó ella, bajando el tono de voz y esgrimiendo un esbozo de sonrisa.

— ¡Ah! Sí... Era Marco Licinio, el nuevo tribuno *laticlavo* —explicó Tito, más calmado.

— Deberías mostrarle tu hospitalidad. Tal vez, sería buena idea celebrar una cena para darle la bienvenida. Dado que es familiar de uno de los más ilustres linajes senatoriales, sería descortés no agasajarle como es debido.

—Cierto, cierto... —admitió Tito mientras se frotaba el mentón en actitud pensativa—. Tienes razón. Lo dejo en tus manos.

A continuación, depositó las hojas sobre el atril y abandonó la estancia. A su espalda, Valeria borraba de su rostro la sonrisa que había forzado hasta entonces.

Con un suspiro, Ambata comenzó a contar de nuevo las ovejas mientras sus ojos se deslizaban de un animal a otro, tratando de identificar a cada uno de los que se encontraban dentro del redil. Sin embargo, antes de que hubiera podido contar siquiera una tercera parte, Reburinia volvió a romper su concentración.

—¿Y tienes que hacer esto todos los días?

A Ambata le hubiera gustado enviarla de vuelta a su aldea, de donde Reburinia venía con frecuencia para verla. Pero, a fin de cuentas, era su mejor amiga, la única con la que tenía cierta confianza. Por ello, se limitó a cerrar los ojos unos instantes y a dar por perdida definitivamente la cuenta del ganado de la casa de su padre.

—Casi todos —replicó—. Alguien debe velar por la parte que nos toca de la cosecha, por el ganado y el intercambio con los viajantes.

Apartándose del cercado, Ambata comenzó a andar de vuelta hacia el centro del castro. Agradecía que el intenso olor que desprendían los animales se fuera quedando atrás. Reburinia la seguía de cerca, recogiéndose el vestido en un intento de evitar que los bajos de su falda se llenaran de barro.

—Esa es tarea de las madres. ¿No ha pensado tu padre en elegir una nueva esposa?

—¡No lo quieran las *Matres*! —exclamó Ambata, con la vista elevada hacia el cielo.

Desde la muerte de su madre, Agedo había renunciado a buscar una nueva esposa. Como muchos de los jefes, tenía relaciones esporádicas con alguna viuda o, incluso, con alguna que otra esposa descontenta. Pero, por fortuna para Ambata, ninguna de ellas había cuajado. Para la hija de Agedo, no había mayor orgullo que saber que disponía del dominio de toda la hacienda de su padre. Despreocupado de las tareas del campo, el ganado o la casa, como todos los guerreros, a falta de una esposa oficial, Agedo había depositado esa responsabilidad en manos de su hija. Careca, al ser la mayor, debería haber sido la elegida. Mas todos sabían que la indómita primogénita no tenía espacio en su vida para otra cosa que no fueran las armas. Agedo había preferido entregar la gestión de su patrimonio a una chiquilla de trece años. Y, tras dos años de esfuerzos, era evidente que había sido un acierto.

Ambata conocía cada animal, cada campo y cada objeto. Ni un solo lingote de plata cambiaba de manos sin que ella lo supiera. Con el tiempo, todos en la aldea aceptaron como normal que fuera con ella con quien debían tratar a la hora de repartir las cuotas de los campos comunales, de definir el salario de los jóvenes que pastoreaban sus rebaños o, incluso, de tasar las multas por los daños que alguien pudiera provocar en el patrimonio de Agedo.

—No sé qué hay de malo en que tu padre se case de nuevo —insistió Reburinia—. Una madre te quitaría todo ese trabajo y podrías venir algún día a verme a la aldea —aseguró la joven con una sonrisa—. Me paso el día yendo y viniendo hasta el castro.

—¿Tanto te molesta venir? En ese caso, supongo que no acudirás entonces a la próxima celebración en el plenilunio, ¿no?

—¿Va a haber una fiesta?

—Claro —aseguró Ambata con suficiencia—. Mi padre no consentirá en ir a la

guerra sin hacerle una ofrenda al Dios sin Nombre. Y no creo que el concilio de Lancia sea para otra cosa.

—Supongo que tú acompañarás a tu padre, ¿no? —comentó Reburinia—. Es una buena oportunidad para que conozcas a tu prometido.

Alzando las cejas, Ambata cayó en la cuenta de lo que comentaba su amiga. Un año antes, su padre la había comprometido con el hijo del jefe de otra de las tribus astures, los Briguecinos. Ese tipo de acuerdos resultaba bastante habitual entre los jefes de los castros, puesto que era una forma sencilla de anudar lazos entre distintas tribus, así como acumular apoyos y patrimonio. Tener una relación estrecha con los líderes de otros castros era una de las cosas más valoradas por los jefes a la hora de escoger a quién situar a la cabeza de una tribu. El abuelo de Ambata había contado con la confianza de muchos de los castros vecinos, lo que se traducía en buenos acuerdos respecto a los terrenos de pasto y los bosques colindantes, apoyo militar en las razias contra los Arévacos y múltiples regalos de metales preciosos, pieles o armas. Por ello, no solo había sido el líder indiscutible de Maliaca durante más de una década, sino que había sido capaz de legar tanto su patrimonio como su liderazgo a su hijo Agedo, algo que este quería hacer a su vez con Arreno. En ese delicado baile de alianzas, apoyos y promesas, Ambata era una pieza más.

—¿No tienes curiosidad? —insistió Reburinia—. Yo estaría mordiéndome las uñas si tuviera un prometido al que aún no conociera. ¿Será guapo y fuerte?

—Sea como sea, debo obedecer la voluntad de mi padre.

—¡No seas tan estirada! —se quejó su amiga, haciendo un mohín—. No creo que no hayas pensado en vuestra primera noche —añadió, con una sonrisa pícara en el rostro—. Dicen que la primera vez duele y que se sangra mucho.

—Puede que no duela tanto —replicó Ambata con una media sonrisa, mientras

Reburinia abría desmesuradamente los ojos y se llevaba una mano a la boca.

—¿No habrás...? —comentó, dejando la pregunta a medias. Ambata se encogió de hombros y siguió andando—. ¡Serás...! No me lo creo —afirmó, con menos rotundidad de la que quería mostrar—. ¡Me estás engañando!

—Tal vez —rio la hija de Agedo—. Puede que solo lo haya hecho en sueños. Con un guerrero de cuerpo musculoso como el de Lug, con la pasión de Aramo y un miembro tan poderoso como la maza de hierro de Dagda.

—¡No tienes vergüenza! —protestó su amiga—. Ya casi me había creído que no eras virgen.

—¡Calla! —dijo Ambata, señalando a las personas que pasaban junto a ellas.

Muertas de risa, ambas se cogieron de la mano y salieron corriendo. Esquivaban a las personas con las que se cruzaban mientras zigzagueaban entre las chozas, recogiendo algún que otro improperio de las ancianas, quienes protestaban al verlas correr como chiquillas. Siguieron así, hasta internarse en la zona donde las cabañas se apiñaban más densamente, en el corazón del castro. Allí, fuera de miradas indiscretas, se detuvieron para recuperar el aliento.

—¿No es esa tu hermana?

Siguiendo la dirección que señalaba su amiga, Ambata miró entre las paredes circulares de las viviendas junto a las que se encontraban. Careca salía del interior de una choza. Se detuvo junto a la puerta, se anudó el pelo, se giró para despedirse de alguien que quedaba fuera de su ángulo de visión y comenzó a andar. Apenas unos instantes después, Bodecio se detuvo en el mismo punto en el que antes había estado Careca. Se colocó el sayo de lana negra sobre los hombros y lo aseguró con una fíbula de oro. En ese momento, desvió la vista y clavó sus ojos en las dos muchachas. Reburinia se pegó a la pared, tratando de esconderse. Ambata, por su

parte, se quedó donde estaba, petrificada, sin poder hacer otra cosa que esgrimir una nerviosa sonrisa mientras movía una mano en un torpe saludo. Bodecio la miró antes de desaparecer con un par de zancadas por el mismo camino que había seguido Careca.

—No entiendo cómo tu hermana es tan desvergonzada —dijo Reburinia—. ¿Tu padre no dice nada?

—Creo que le da igual. Ya la da por perdida. Careca nunca ha querido seguir las tradiciones.

—Menos mal que te tiene a ti. ¿Y si...?

Reburinia interrumpió su frase y abrió la boca con sorpresa al comprobar que, apenas a un par de pasos de ellas, se encontraba Tancino. Parecía haber salido de entre las paredes, sin que ninguna de las dos le hubiera visto llegar. Miraba tímidamente hacia el suelo, con la cabeza ladeada para ocultar la parte de su cara más afectada por su extraña deformidad en la piel. En la mano llevaba un ramillete de flores de montaña, mezcladas con tallos de romero. Lo mantenía pegado al cuerpo, pese a que, en ocasiones, daba la impresión de que intentaba ofrecerlo, sin llegar a reunir el valor suficiente para extender la mano.

—Parece que eso es para ti —dijo Ambata mientras señalaba las flores.

—¡Será posible! ¿Cómo te atreves, monstruo? —chilló Reburinia, dando un paso hacia atrás con la cara deformada por una mueca de asco.

Ante las voces de la chica, Tancino pareció encogerse y hundió la cabeza entre los hombros mientras Reburinia se agachaba, cogía un terrón de barro y se lo arrojaba con furia.

—¡Largo de aquí, endemoniado! —gritó, repitiendo el ataque mientras Tancino se retiraba a trompicones entre las casas—. ¿Puedes creer que ese cerdo quería

regalarme flores?

Ambata negó ligeramente con la cabeza, mientras Tancino huía, emitiendo unos ruidos que la joven solo pudo interpretar como sollozos.

El joven tropezó con una piedra y lanzó una maldición. Evitó caer al suelo gracias a las riendas, pese a que su montura emitió un relincho de queja. Con un suspiro, el mensajero recuperó el paso, tratando de distinguir el camino en medio de la oscuridad que lo engullía. Tan solo la negra presencia del bosque a su izquierda evitaba que perdiera la senda, puesto que la escasa luna creciente que aparecía de vez en cuando entre las nubes no arrojaba apenas luz sobre el paraje que transitaba.

Cuando el día anterior Virio había preguntado por un voluntario que recorriera la comarca para informar a las aldeas de la reunión en Lancia, aquel joven de apenas quince años había levantado la mano en el acto. Corrió al frente del grupo, aunque aún no tenía la edad señalada para ser considerado un luchador, y pidió ser designado. Virio negó con la cabeza, sin considerarlo en serio hasta que muchos de los guerreros del grupo le jalearon entre risas. En su momento, el joven pensó que le estaban ayudando. Ahora, mientras caminaba casi a tientas en la oscuridad, estaba convencido de que había sido un ingenuo. Los guerreros solo querían quitarse de encima un encargo engorroso.

Había salido al amanecer y había cabalgado sin descanso de pueblo en pueblo, para difundir la nueva de que todas las tribus dejarían de lado sus interminables luchas entre ellas y acudirían a un concilio en Lancia, para discutir si debían ir a la guerra contra Roma. La mayoría de los aldeanos recibieron la noticia con gesto hosco. Por incomprensible que pudiera parecerle al muchacho, pocos de ellos parecieron contentos de poder mostrar su valía en la guerra. En cualquier caso,

el joven prosiguió infatigablemente su tarea y alcanzó el último pueblo antes del anochecer. Por desgracia, sus ganas de regresar a Maliaca para dar cuenta del resultado de su misión destaparon su inexperiencia. Había partido sin teas ni pedernal. Incapaz de alumbrar su camino, cuando la noche se cerró sobre él no tuvo más remedio que desmontar y proseguir a pie, llevando de las riendas a su caballo, temeroso de que, en la oscuridad, se rompiera una pata.

Apenas un centenar de pasos después de su tropiezo, su caballo bufó y dio un ligero tirón de las riendas. El muchacho no hizo caso, aunque apenas dio unas zancadas más antes de que su montura repitiera el gesto, en esta ocasión con tanta insistencia que se detuvo.

—¿Qué te pasa? Tenemos que seguir. No quiero pasarme la noche al raso.

Tiró de las riendas, pero el animal se negó a moverse y pateó el suelo, visiblemente inquieto. El muchacho se giró y escrutó la negrura que se alzaba frente a él en busca de algún signo que delatara la presencia de lobos, aunque la oscuridad resultaba impenetrable.

Con un fuerte relincho, el caballo se encabritó, arrancó las riendas de la mano de su dueño y se liberó para salir al galope en dirección contraria. Asombrado, el mensajero trató desesperadamente de asirlo de nuevo, pero fue incapaz. Apenas un parpadeo después, lo único que pudo oír fue el eco de sus cascos en la lejanía.

Un fuerte hedor comenzó a inundar el olfato del joven. Preguntándose si eso era lo que había provocado la huida de su montura, se volvió en busca de la fuente de aquella pestilencia. Apenas lo hizo, descubrió la enorme sombra que se alzaba ante él y notó el doloroso golpe de una de sus garras. Abrió la boca para gritar, pero de su garganta solo surgió un gorjeo. Se llevó una mano al cuello y notó como un líquido caliente y viscoso se filtraba a borbotones entre sus dedos, antes de

derrumbarse sin vida sobre el suelo.

Sentado en un taburete, Lucio recogió de la mesa la jarra de terracota y rellenó con generosidad el vaso de madera de Quinto, antes de verter también parte del vino en su propio vaso. Ya de noche, se encontraban alrededor de una mesa, una de las seis que componían el espacio disponible en aquella tasca, situada a las afueras del campamento, en la explanada que descendía hasta el río.

Allí donde se asentaba una legión, surgían los *canabae*, agrupaciones de tiendas de lona y madera, carros y chozas, en las que ofrecían sus servicios mercaderes, meretrices, tonsores, zapateros, orfebres, cocineros y un sin fin de comerciantes que vivían del dinero de los legionarios. Muchos de los soldados de la legión, pese a la prohibición de casarse mientras durara su servicio, mantenían en esa zona una casucha en la que acomodaban a sus familias. El mismo Lucio provenía de uno de esos arrabales, dado que su padre había sido legionario en la Galia Cisalpina y conoció a su madre junto a un campamento. Tanto ella como Lucio habían vivido en una tienda y se habían trasladado de un lado a otro a medida que su padre se reenganchaba y su unidad cambiaba de localización. Para Lucio fue una época muy dura. Al menos hasta que su madre murió, cuando él tenía ocho años. Después empeoró.

El tabernero se situó junto a ellos y depositó sobre la mesa dos desportillados platos de cerámica roja, en cuyo interior se acumulaba una generosa ración de ensalada junto a un bocadillo, formado por dos trozos de pan con una porción de carne picada en su interior. La carne estaba sazonada con ajo, perejil e hinojo, y pasada por la plancha de carbón hasta dejarla justo al punto que le gustaba al centurión, muy tostada por fuera, jugosa por dentro.

—Dime, Lucio —comentó Quinto, después de dar un buen trago y recoger con los dedos una porción de ensalada para llevársela a la boca—. ¿Ya has conocido al nuevo tribuno?

—Sí. Y es un verdadero idiota —afirmó el centurión, recogiendo el bocadillo para acercárselo a la nariz y disfrutar del aroma de la carne especiada—. Menos mal que Tito le paró los pies. De no ser así, ahora estaría bajo sus órdenes. Algo me dice que nos dará problemas.

—Pues deberías evitarlos —aseguró Quinto—. Te queda menos de un año para la licencia. No es momento de buscarse líos.

—Es un buen consejo.

—Que no seguirás, como siempre —se burló Quinto.

—Tú no eres precisamente un ejemplo de sensatez —replicó el centurión—. No sé cuántas veces te habré dicho que no deberías derrochar tu paga jugando a los dados.

—Supongo que ambos somos igual de cabezotas —admitió Quinto, encogiéndose de hombros—. Los dioses juntan a los que son parecidos —añadió con repentina seriedad mientras rozaba con la punta de los dedos el elaborado amuleto grabado en un colmillo de jabalí que llevaba colgando del cuello.

El centurión enarcó una ceja mientras su amigo vertía un poco del líquido que conservaba en su vaso sobre el suelo, a modo de ofrenda. Durante el tiempo que había pasado en Hispania, Lucio había conocido a varios de los pueblos que habitaban la zona septentrional de ese inmenso territorio. Muchos compartían dioses y creencias con los pueblos celtas y galos a los que Julio César había sometido en las Galias. Todos sentían respeto y veneración por sus deidades. Sin embargo, de cuantos auxiliares conocía, Lucio no podía nombrar a ninguno que fuera más

reverente y temeroso con los dioses que su amigo. De hecho, la razón por la que se encontraba allí, sirviendo a Roma al mando de treinta jinetes hispanos, era precisamente por un juramento hecho a su padre. A diferencia de muchos de sus compatriotas, el padre de Quinto había entendido que Roma había llegado para quedarse. Por ello, había querido subirse a esa ola y, dada su pertenencia al grupo de guerreros de su tribu, su única opción de conseguir la ciudadanía romana era servir como auxiliar en las legiones. Había luchado con valor durante muchos años. Sin embargo, la muerte le sorprendió antes de poder conseguir su sueño, por lo que, a punto de expirar, traspasó esa responsabilidad a su hijo. Le hizo jurar que se convertiría en ciudadano romano de pleno derecho. Muchos hubieran olvidado su juramento en un par de días, o pagado a algún mago para que les librara de la maldición que los dioses pudieran lanzar contra ellos cuando lo rompieran. Pero no Quinto. No solo amaba demasiado a su padre como para ignorar sus deseos, también temía demasiado a los dioses como para romper un juramento. Después del funeral de su padre, se alistó como auxiliar en la misma legión contra la que, meses antes, había combatido junto a un grupo de arévacos rebeldes. Lucio era probablemente el único que sabía del pasado de Quinto, el único que conocía que antaño había manchado el filo de su espada con la sangre de varios legionarios. Conocía el escaso aprecio que el hispano sentía por los romanos en general. A pesar de ello, Lucio lo consideraba su mejor amigo y se sentía orgulloso de ello. A fin de cuentas, ¿dónde encontraría más lealtad que en una persona capaz de renunciar a sus ideales para cumplir con la palabra dada?

—A ti tampoco te queda mucho tiempo de servicio —comentó el centurión.

—Dos inviernos —precisó Quinto.

—¿Qué harás después? ¿Volverás a tu tribu?

—No. Allí ya no me espera nadie. Tal vez me instale en el norte, junto a la costa.

Asintiendo en silencio, el centurión se llevó el vaso a los labios y dio un sorbo de vino. A diferencia de la comida, que resultaba excelente, y aunque costaba medio sestercio el vaso, la bebida que servían en aquella taberna era bastante mala. El vino estaba aguado y despedía un ligero olor a vinagre. A él no le importaba, así evitaba beber demasiado. Eran muy pocas las veces que se había emborrachado y, sin excepción, al día siguiente sentía más dolor por los remordimientos que por la resaca. En cada ocasión, se juraba a sí mismo que no volvería a pasar. Lo prometía ante sus ancestros, sobre todo ante aquel de cuyo legado quería huir. Por el contrario, Quinto no rechazaba nunca una borrachera, una buena comida, un juego a los dados o una visita a alguna de las prostitutas que pululaban por los alrededores del campamento. Se daba a todos los vicios que pudiera encontrar. Lucio suponía que aquella era la forma que tenía de rebelarse contra sí mismo, contra aquel juramento que debía cumplir, sirviendo a unos amos a los que odiaba. Sirviéndoles para destruir la misma tierra en la que esperaba pasar el resto de la vida que le quedara tras cumplir con el ejército.

—¿Tú sigues pensando en retirarte en Hispania? —preguntó Quinto, recuperando la sonrisa.

—Sí. Se rumorea que el emperador está preparando terrenos en el sur para los veteranos. Se va a fundar una nueva ciudad, Emérita Augusta.

—¿Y sigues convencido de llevártela contigo?

—Desde luego —afirmó Lucio con rotundidad.

—Al retirarse, los *primipilos* pasan a formar parte del rango ecuestre. Pero si te casas con ella...

—Lo sé.

—Siempre podrías tenerla como concubina. Ella es libre y es algo aceptado por vuestra ley. Así los censores no tendrían una causa para situarte entre la plebe.

—No la sacaré de aquí para tratarla como a una ramera. No se lo merece —atajó el centurión.

Quinto se encogió de hombros. Apuró su vaso y lo rellenó de nuevo, antes de comenzar a comer con parsimonia, desviando su mirada hacia los ocupantes del resto de mesas. Lucio bajó la vista y se arrepintió de haber sido tan brusco con su amigo. A diferencia de sus compatriotas romanos, que consideraban la pasión amorosa por una mujer una especie de esclavitud moral para un hombre, Quinto no lo juzgaba por su relación. Simplemente le hacía ver los problemas que podría encontrarse. A decir verdad, su propuesta era más que razonable. Para cualquiera nacido entre la plebe, ascender al rango ecuestre era un honor casi imposible. Arriesgarse a perder ese legado para su descendencia por una mujer resultaría absurdo para cualquier romano. Sin embargo, para Lucio, imaginar un futuro sin ella era lo mismo que imaginar un futuro sin entrañas. Si en Emérita Augusta no se encontraran a salvo de su pasado, se trasladaría tan lejos como fuera necesario. Buscaría una ciudad alejada, compraría allí buenas tierras y viviría de las rentas. Eso era lo que quería para los años que le restaran de vida: una villa en el campo, pastos y viñedos de su propiedad cultivados por aparceros, dos o tres hijos que heredaran su título de caballero y a Voconia.

—Una espada, para que sea buena, tiene que estar equilibrada. Ella es quien me proporciona el equilibrio —aseguró finalmente el romano, con tono quedo.

—Lo entiendo —contestó Quinto, haciendo un gesto con la mano como si quisiera quitarle hierro al asunto, aunque luego se detuvo un instante, con la vista fija

en su vaso, antes de desviarla y clavarla en el rostro del centurión—. Pero no olvides que las espadas tienen filo.

Tras la cena, Quinto se despidió de Lucio para acudir a uno de los corros de legionarios en los que se apostaba a los dados. Perdía con mucha más frecuencia de la que ganaba, pero el arévaco no mostraba gran interés en ahorrar su soldada para el futuro. Vivía al día y no le preocupaba perder. Por el contrario, y a diferencia de la mayor parte de los legionarios, a Lucio no le atraían en absoluto los juegos de azar. Consciente de que la suerte que le había acompañado en la batalla no tenía su reflejo con las tabas o los dados, procuraba evitarlos siempre que podía. Como *primipilo*, ese año tendría un sueldo de setenta mil sestercios, casi cinco veces lo que ganaría un legionario corriente a lo largo de los dieciséis años que duraba su servicio, desde que Augusto aumentó la duración de la vida militar tras la batalla de Actio. Con ese dinero, más las tierras que recibiría en pago a su *honesta missio*, tendría suficiente para vivir cómodamente el resto de su vida. Lo último que se le pasaba por la cabeza era derrocharlo en inútiles apuestas.

Con el casco bajo el brazo, Lucio comenzó a descender entre los puestos de mercaderes hacia la zona más cercana al río. Allí se acumulaban las tiendas de las meretrices, situadas una junto a otra formando dos largas calles que recibían gran número de transeúntes, la mayoría legionarios en busca de un alivio rápido y barato. Las más jóvenes, casi unas niñas, y las recién llegadas ocupaban las posiciones más cercanas a la entrada de la calle. En las tiendas que no tenían echada la cortina en la entrada, señal de que su inquilina estaba trabajando, se contoneaban mujeres vestidas con túnicas ligeras de diversos colores. La mayoría llevaban el pelo teñido de rubio o usaban peluca. Afeites en la cara, colorete en las mejillas y líneas de carboncillo para agrandar los ojos también eran habituales, aunque se incrementaban

con la edad de la oferente. Un par desafiaban al frío mostrando los pechos, en los que destacaban los pezones, cubiertos de purpurina dorada. Las más jóvenes no necesitaban depilarse el cuerpo, ni tomar pastillas de mirto y lentisco para el mal aliento, como hacían aquellas entradas en años. Sin embargo, en aquel trabajo muchas veían como sus cuerpos acababan destrozados tras unos pocos años de ejercer esa profesión. Los *lenos* que las explotaban no tenían demasiado interés en conservar su mercancía. Cuando una de aquellas niñas sufría un percance o, sencillamente, se volvía menos atractiva, se deshacían de ella y compraban otra esclava para sustituirla. Pocas sobrevivían a su paso por ese sórdido mundo.

Lucio se adentró entre las tiendas, ignorando las llamadas de las meretrices, hasta llegar a la zona media de la calle, algo menos concurrida, donde se encontraban las profesionales más caras. Buscó la entrada de una amplia tienda de color verde oscuro, situada a la derecha, con la esperanza de no encontrar la cortina echada.

Vio a Voconia de pie, junto a uno de los postes de madera que sostenían el toldo que se extendía frente a la tienda. De cuerpo voluptuoso, envuelto en una túnica amarilla, elevaba su corta estatura por medio de unas sandalias altas en cuya suela estaban grabadas las palabras 'sequere me', que se imprimían en el suelo a cada paso, invitando a quien las viera a seguir esas huellas hasta su puerta. La peluca rubia que cubría su cabeza en un moño ocultaba su verdadero pelo, que Lucio conocía tan bien, una cabellera corta de oscuro color rojizo. Le encantaba saber que era el único a quien ella mostraba esa parte de su cuerpo, el único que admiraba cómo su melena realzaba el verde oscuro de sus ojos o la palidez de su piel.

Estaba a unos pasos cuando ella giró la cabeza y lo vio. Enarcó ligeramente una ceja, antes de esgrimir una arrebatadora sonrisa y tenderle los brazos.

—Mi dulce centurión —entonó con suavidad, mirando a Lucio a los ojos

mientras le acariciaba el pelo—. No esperaba verte a estas horas. ¿Quieres pasar?

—¿Estás libre? —inquirió él, con las manos en sus generosas caderas.

—Para ti, siempre —aseguró Voconia. Lo cogió delicadamente de la mano y lo arrastró al interior de la tienda.

El centurión se dejó guiar al interior, un espacio cuadrangular de apenas cuatro pasos de lado. Sobre el suelo se extendían un catre elevado, un par de taburetes, un baúl y una ancha mesa de madera, sobre la que descansaban una jarra de cerámica, dos vasos y una palangana con agua. Una de las esquinas de la estancia estaba cubierta por una espesa tela que colgaba del techo, formando un pequeño espacio oculto a la vista de los clientes. Aquel era el lugar en el que ella se arreglaba después de cada trabajo y donde guardaba sus enseres más preciados, situados en perfecto orden sobre una mesa: una caja de madera noble con sus afeites, un peine de alabastro, un espejo de bronce pulido y un joyero de plata en el que guardaba pendientes de oro en forma de grandes aros, finas pulseras de plata, brazaletes de bronce grabados con escenas de caza, vistosos collares y broches de plata bañada en oro.

Lucio se acercó hasta la mesa, dejó allí su casco y se sentó en uno de los taburetes mientras Voconia le servía un vaso de vino. Después, ella se sentó en una de sus rodillas y rodeó el cuello del centurión con una mano, mientras usaba la otra para recorrer con delicadeza los pliegues de su cara, cada cicatriz, cada arruga que la vida había marcado en el pétreo rostro del romano.

Durante un instante, Lucio cerró los ojos y se limitó a sentir el suave tacto de su mano en la piel. Después los abrió para recoger su bolsa y verter sobre la mesa un centenar de ases, cinco veces el precio de lo que costaba una sesión con la meretriz más preciada del campamento.

—Eso es demasiado —dijo ella, sin mirar siquiera la pila de monedas que se acumulaba sobre la mesa, con los ojos fijos en el rostro del centurión.

—Esta noche solo trabajarás para mí.

Con una sonrisa, Voconia detuvo el recorrido de sus dedos, se levantó lentamente y se dio la vuelta. Asiendo a Lucio de las manos, lo guio hasta el centro de la estancia. Allí fue despojándolo poco a poco de armadura, cinturón, túnica y sandalias. Después lo llevó hasta el catre, donde el soldado se recostó sin apartar los ojos de ella. Con movimientos pausados, la meretriz se deshizo de los broches que fijaban su túnica en los hombros y destapó sus redondeados senos, realzados por una banda de tela situada bajo los mismos. Después dejó que la prenda descendiera hasta el suelo y dejara a la vista su sexo, de vello rojizo. Se colocó sobre Lucio y le acarició la verga, pese a que era evidente que el romano se encontraba totalmente preparado. Se echó sobre él y deslizó sus senos sobre el pecho del centurión, besándole el cuello mientras su mano seguía jugando con la palpitante entrepierna del militar. Solo cuando notó que Lucio la apretaba con ansia, se colocó sobre él y guio el miembro al interior de aquel húmedo paraíso. Empezó a moverse cadenciosamente mientras el *primipilo* acariciaba sus pechos. Poco después, un tenso estremecimiento en su amante la avisó, instantes antes de notar cómo se derramaba su semilla. Había tardado menos que otras veces, aunque no importaba. Sabía que en lo que quedaba de noche daría tiempo a repetir, por lo que se tumbó a su lado y comenzó a acariciarle el pecho. Notaba cómo el vello de la piel del romano se erizaba bajo sus dedos.

—¿Qué te preocupa? —susurró ella, sin dejar de acariciarle.

Lucio suspiró mientras contemplaba el techo de lona de la tienda, que se adivinaba en la penumbra. Muchos pensaban que el motivo por el que se había

enamorado de una prostituta era por el sexo. Solo unos pocos, como Quinto, entendían que, pese a que la parte física tenía su importancia, lo que realmente había desarmado al centurión era la empatía de aquella mujer, la forma en la que era capaz de leer en su interior sin necesidad de palabras. Sentía que solo a su lado era él mismo, solo entre sus brazos podía olvidarse del centurión y convertirse en un simple hombre. Por eso le había pedido que lo acompañara cuando finalizara su tiempo de servicio. Llevaba tanto en el ejército que no conocía otra cosa. Ella sería su báculo a la hora de caminar por la vida como un ciudadano.

—El futuro —contestó—. Siempre he temido el día en el que tuviera que dejar el ejército —añadió, tras un silencio—. Pero ahora me pasa lo contrario. Es como si en mi cabeza ya me hubieran entregado las tablillas de bronce con mi licencia. Me siento como... No sé explicarlo.

—Es ilusión. Tienes ganas de empezar tu nueva vida. A fin de cuentas, la legión ya te ha dado todo cuanto podía.

—Quiero tener tierras, ganado y una buena casa. Una familia...

—Con hijos.

—Muchos. Niños que crezcan en el campo, y no en los alrededores de un campamento. Quiero ser un buen padre.

—Serás un padre magnífico. Aunque, si no empiezas pronto, acabarán viéndote más como un abuelo —bromeó ella, dándole un tirón en el pelo para arrancarle una de las escasas canas que crecían en su cabeza.

—Solo unos meses más.

—Bueno, al menos podemos practicar, ¿no? —dijo ella. Guiñándole un ojo, volvió a colocarse sobre el centurión y lo besó apasionadamente al tiempo que comenzaba a mover su cuerpo sobre su amante, quien respondió con rapidez a las

caricias.

Dejándose llevar, Lucio notó como su entrepierna despertaba de nuevo. Contempló aquellos ojos de color verde oscuro que lo miraban con intensidad y se olvidó de sus preocupaciones. Se dejó caer en ese pozo, seguro de que ya nada podría interponerse entre ellos y ese futuro que tanto anhelaba.

Caminando más despacio de lo habitual, Agedo se deslizó entre las últimas chozas. Notaba como sus pies se hundían levemente en el suelo encharcado a medida que se aproximaba a la casa circular situada junto a la muralla, en un claro que contrastaba con lo abarrotado del terreno en el resto del castro. Arrebujándose en su sayo, se convenció a sí mismo de que el frío que notaba se debía a la gélida brisa que traía la noche, y no a la proximidad de la casa de Caeliónica, a la que se dirigía con paso inseguro. Se detuvo ante la cortina de cuero que cubría el hueco de la puerta y tomó aire antes de desplazarla a un lado y adentrarse en el interior de la choza.

Ella lo esperaba en el centro de la cabaña, al otro lado de un pequeño fuego, cuyas llamas crepitaron y se movieron con violencia cuando el aire del exterior penetró en la caldeada estancia. Llevaba puesta la capucha, de modo que su rostro apenas se dibujaba entre las sombras de la misma.

—Ya sabes a lo que vengo —comentó Agedo.

—Sí. Lo sé —confirmó la vidente—. Siéntate frente a mí.

Con un quedo suspiro, el líder del castro se encaminó hacia el fuego y se sentó frente al mismo, impidiendo que el dolor de su pierna tullida al doblarse marcara ninguna expresión en su cara mientras lo hacía.

—El fuego me revela muchas cosas —dijo Caeliónica, que bajó el tono de su

voz hasta convertirla en susurros, apenas audibles entre el chisporroteo de la madera—. Pero tus preguntas van más allá y necesitan de una magia más poderosa.

La vidente tendió un brazo hacia un lado , dejando ver una mano blanca y de aspecto suave, totalmente discordante con las arrugas que recorrían su rostro. El contraste recordó a Agedo que, en realidad, Caeliónica era más joven que él. Podía recordar a la fea chiquilla que corría por el castro con el vestido sucio de barro y el pelo encrespado en una mata imposible de desenredar, mientras él ya era un guerrero curtido en batalla. Desconocía su edad exacta, pero, pese al desgaste que marcaba su rostro, no creía que andara mucho más allá de los cuarenta años. En cualquier caso, nunca fue bella. De hecho, de no ser por aquel mercader medio borracho con el que yació con catorce o quince años, era poco probable que ninguno de los hombres del castro se hubiera fijado en ella. Habría permanecido virgen, siguiendo las oscuras artes que le enseñó su madre. En realidad, tal vez hubiera sido buena idea, teniendo en cuenta lo que había surgido de aquella efímera relación.

Respondiendo al gesto de su madre, Tancino salió de entre las sombras. Llevaba un conejo vivo entre sus grandes manos. Se lo entregó a Caeliónica con delicadeza y volvió hacia el fondo de la estancia, donde se sentó contra la pared, tras recoger a su gato para acariciarlo, mientras contemplaba el fuego con ojos vacuos. Agedo no pudo evitar que una mueca de contrariedad frunciera sus labios. El hijo de la vidente le daba asco. Su deformidad en la piel resultaba repulsiva. Además, cada vez que posaba sus ojos en él, no podía evitar que el mismo pensamiento se colara en su cabeza: aquel engendro no era más que una burla de los dioses. Habían concedido a Tancino el cuerpo de un gigante. Sin embargo, al mismo tiempo que le habían entregado la musculatura de un héroe legendario, le habían inculcado la débil mente de un ratón. Era tan cobarde que hasta huía de los chiquillos que se metían

con él. Lo único en lo que parecía tener mano era en el trato con los animales. Quizá hubiera sido un buen pastor, pero nadie en su sano juicio lo dejaría a cargo de su ganado por miedo a que su maldición pasara a las crías de los animales que cuidara.

—Veamos qué nos revelan los dioses —dijo Caeliónica, sacando a Agedo de sus pensamientos.

Mientras cogía fuertemente al conejo de las orejas con una mano, empuñó un viejo cuchillo con la otra. Estaba hecho de sílex, con un estrecho mango de cuerno tallado con figuras esquemáticas. Pese a su fragilidad, su filo, realizado en forma de cortas melladuras, era suficiente para que, con un golpe rápido, la vidente rebanara el vientre de su presa.

Con un ágil movimiento, Caeliónica descargó un tajo sobre el conejo y abrió una enorme boca roja sobre su piel. Con un espasmo, el animal se convulsionó varias veces, mientras sus intestinos caían sobre un plato de cerámica que se encontraba frente a la vidente, pegado al fuego. Caeliónica dejó a un lado el arma y colocó el cuerpo sobre su regazo. Agrandó la herida con las manos mientras las patas emitían sus postreros temblores. Con las manos empapadas en sangre, se agazapó sobre el animal y murmuró extrañas palabras.

—¿Qué ves? —preguntó un expectante Agedo, arrugando la nariz ante el hedor que surgía del interior de la víctima sacrificada.

—La guerra —confirmó Caeliónica.

Aquel vaticinio confirmaba las creencias de Agedo y disolvía las escasas dudas que aún albergaba. Lucharían contra Roma. Sin embargo, aún necesitaba saber el augurio más importante.

—Eso nos lo dirán las entrañas —dijo Caeliónica. , mientras el líder del castro se preguntaba si habría verbalizado sus pensamientos sin ser consciente de ello.

Dejando a un lado el cadáver del conejo, la mujer recogió el plato en el que se encontraban las entrañas y las removió con el dedo mientras comentaba lo que sus ojos lograban atisbar.

—La victoria no dependerá de las armas ni de los brazos de los astures, sino de la fortaleza de sus dioses.

—¿Qué más?

—El primer golpe será decisivo —aseguró ella.

Una leve sonrisa se deslizó sobre el rostro de Agedo. Eso decantaba la balanza a favor de los astures. Cualquiera con algo de entendimiento tenía claro que, en una guerra larga, resultaba imposible derrotar a los romanos. Su imperio era tan vasto que contaban con recursos inagotables. Sin embargo, si el conflicto era corto y se decidía en un único y fulminante golpe, la victoria estaría del lado de los astures. Solo necesitaban pillarlos por sorpresa.

—¿Sospechan algo los romanos? —preguntó—. El mensajero que envié a recorrer las aldeas ha desaparecido. Si los romanos lo han capturado, podrían torturarlo para conseguir información.

Caeliónica volvió a hurgar con la uña entre los intestinos. Negaba con la cabeza cuando algo hizo demudar su rostro en una mueca de extrañeza. La vidente se detuvo y abrió ligeramente la boca, antes de dejar a un lado el plato, recoger un trapo y comenzar a limpiarse las manos.

—¿Qué has visto?

—Nada saben los romanos de vuestras intenciones —aseguró ella con firmeza.

—Pero el mensajero...

—No han sido ellos los que lo han hecho desaparecer, sino la bestia del

bosque —respondió Caeliónica con renuencia.

Agedo frunció el ceño ante la revelación de la vidente. El castro y las aldeas cercanas llevaban sufriendo los despiadados ataques de esa criatura que habitaba en el bosque desde hacía casi veinte años. El líder de Maliaca recordaba las fallidas expediciones que su padre había dirigido para tratar de encontrarla. Que Agedo tuviera constancia, la bestia llevaba años sin aparecer, los suficientes como para que la mayoría de los habitantes de Maliaca pensaran en ella más como una leyenda que como una realidad. Las desapariciones solían achacarse a lobos, osos o bandidos, pero los cuerpos mutilados que señalaban el regreso de aquel demonio de la espesura no habían sido vistos desde hacía varios inviernos.

—Si se avecina una guerra con Roma, lo último que necesita Maliaca es tener a un demonio recorriendo nuestros senderos en busca de presas —aseguró Agedo—. ¿Qué implicará que regrese la bestia?

—Muerte —musitó ella—. Víctimas.

—Eso no es nada nuevo. Siempre que ha aparecido se ha llevado consigo a alguna joven o algún niño de la tribu.

—Esta vez no busca una víctima cualquiera —especificó Caeliónica, echándose hacia delante, de forma que su rostro quedara iluminado por las llamas de la hoguera—. La que busca vive en tu casa, Agedo.

El viejo guerrero se quedó sin aliento. La imagen de su hijo Arreno vino a su mente y, pese al calor de la lumbre, un sudor frío recorrió su espalda. Cualquier cosa menos eso, se dijo. Cualquier cosa menos perder su legado.

—Celebraré sacrificios en honor al Dios sin Nombre. Eso alejará a la muerte de mi familia —aseguró. Se levantó y recogió de entre sus ropas una pequeña bolsa con placas de plata, que arrojó en el regazo de la vidente—. Esto bastará.

Acto seguido, Agedo abandonó la choza y caminó deprisa en la gélida noche, sin ser consciente de su acentuada cojera, puesto que en su cabeza solo había espacio para un único pensamiento: al proclamar su intención de honrar a los dioses para librarse de aquel macabro destino, Caeliónica no había asentido. En su rostro no había visto ni un atisbo de confirmación. En realidad, lo que había creído ver entre las sombras de su cara era el esbozo de una siniestra sonrisa.